

El canal de la bandera roja

ESTE HA ha sido un año en que los gobiernos del mundo han prestado atención a las necesidades de agua de sus gentes. En marzo se reunieron en Mar del Plata, Argentina, para celebrar la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Agua y discutir cómo establecer políticas sólidas de manejo del agua a niveles nacionales y regionales.

Luego en agosto, en Nairobi, el centro de atención fueron las áreas del mundo donde la escasez del líquido es más aguda. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Desertificación se enfrentó, a cada paso, con la certeza de que si las regiones áridas y semi-áridas del mundo han de tornarse habitables y productivas —en otras palabras, si se va a evitar que se conviertan en desiertos— hay que dotarlas de agua en cualquier forma.

El canal de la bandera roja: lo que puede hacerse cuando la comunidad decide aprovechar el agua en beneficio de todos.



Foto C. Sanger

Los delegados a cada una de estas conferencias habrían hecho bien en enterarse —mucho mejor aun, en haber visitado— el distrito de Linhsien en la provincia de Honan, China central. Allí hubieran visto un ejemplo edificante de lo que puede hacerse cuando un grupo de gente decide poner fin a sus años de pobreza y aprovechar todos los recursos disponibles de agua para beneficio de todos.

Una primera lección para los delegados indica que se requiere de un trabajo largo y difícil. Diez años le tomó a los jóvenes, y a otros no tan jóvenes, que entre los 700.000 habitantes de Linhsien se lanzaron a la tarea de construir el Canal de la Bandera Roja con todas sus ramificaciones, brazos y acequias, en total unos 1500 kilómetros. Pero, a los siete años de su terminación puede verse la transformación que ha producido en la vida de casi todos.

En épocas anteriores la región se conocía como “el distrito de los cuatro pobres: montañas pobres, agua pobre, campos pobres y gente pobre”. Exactamente un siglo atrás, se colocó una inscripción para marcar la severa sequía de 1877 y parte de ella dice: “... la gente sobrevivió con hojas de virginiana y tierra roja. Vendían sus hijas por pocos centavos. El desasosiego era profundo. Lo que fue la vida durante esta calamidad natural queda grabado en esta piedra para que todos lo recuerden”.

Estas condiciones continuaron. Nuestro guía en Linhsien, Liu Teh-ming, nos relata como en 1936, a la edad de siete años, escapó hacia otra provincia para huir de las hambrunas, mientras su hermana fue vendida a gente rica. Uno de los héroes de la construcción del canal, Jen Yang-cheng, recibió este nombre, que significa “alimentado por ovejas”, porque nació en un año de sequía cuando los adultos se debilitaron y murieron de hambre, y su madre, que carecía de leche, lo llevaba cada noche a los rediles del amo donde encontraba alguna oveja que lo alimentara.

Luego de la liberación, que a esta región llegó pronto, hacia 1944, pues el ejército de Mao Tse-tung tenía una base fuerte en las cercanas montañas de Taihang, comenzaron los esfuerzos para mejorar los suministros de agua. Estos esfuerzos parecían ambiciosos en aquel tiempo: pozos profundos para proveer irrigación, tres grandes depósitos y finalmente el Canal del Héroe, 10 kilómetros cortados a partir de las montañas Taihang para lo cual se apeló al trabajo de 8 mil personas. Pero en 1959 hubo una sequía peor que la corriente; el canal se secó y los de-

pósitos se desocuparon casi por completo. Era claro que no se había hecho lo suficiente.

Al año siguiente se aprestaron y ensayaron algo todavía más ambicioso: tomar agua del río Changho que viene de la provincia de Shansi y marca el límite entre Honan y Hupeh en el oriente. Para construir un sistema basado en la gravedad y evitar operaciones costosas de bombeo, tenían que entrar 20 kilómetros en Shansi y desviar agua del río por un canal que ellos construirían alrededor, y a veces a través, de los desfiladeros de las montañas de Taihang.

Los chinos no ocultan que las primeras semanas de construcción fueron caóticas. El comité del partido aspiraba a terminar los 70 kilómetros en 80 días y tenerlo listo para la fiesta del trabajo en mayo de 1960, movilizándolo 100.000 hombres que cavaran un metro cada uno. Pero, como lo señalan los registros, "cuando el número llegaba a 37.000, la vía se congestionó con gente y carretas. . . había gran dificultad para llevar los materiales al lugar correcto y a tiempo, y no había técnicos suficientes ni administradores para dirigir el trabajo. . . Algunas personas cavaron en el sitio equivocado. Poco se avanzó en el proyecto en los primeros veinte días. . .".

Poco a poco se fueron organizando. Pero, una vez en la provincia de Honan, se encontraron el peor de los obstáculos: un acantilado de granito a través del cual tenían que perforar un túnel de 600 metros. Para hacerlo sólo contaban con barras de acero, mazos y explosivos fabricados con nitrato de amonio, un abono molido finamente. Pekín, que pregonaba austeridad luego de tres malas cosechas, no les otorgó ayuda.

El Túnel de la Juventud, construido por 300 muchachos y "niñas de acero" escogidos para la labor tomó 15 meses. Allí fue donde Jen Yang-cheng probó su heroísmo: colgándose de los riscos, bajo sol o lluvia, retiraba las rocas aflojadas por la explosión. Hoy en día él tiene un trabajo reposado consistente en mantener el túnel y hablar con los visitantes.

Pero no fue hasta 1965 que los 70 kms del canal se terminaron. De la cámara de divergencia en su terminal salen tres ramales principales, el mayor de los cuales lleva el agua otros 41 kms hacia el sur, con un flujo de 14 pies cúbicos por segundo. Cuando el sistema fue completado en 1969, podía irrigar 40 mil hectáreas de tierra cultivada, que equivalen a dos tercios de todo el distrito.

¿Qué ha significado esto para su gente? Nuevos cultivos. Antes sólo se

sembraba mijo y maíz, y se padecía por la incertidumbre de la precipitación pluvial que apenas llegaba a 800 mm en un buen año. Ahora ellos producen trigo, repollos y algodón.

También ha significado energía hidroeléctrica. No en grandes estaciones, sino a través del uso repetido del agua (en nuestra visita vimos una serie de 23 plantas pequeñas con capacidad generadora de 40 kilowatts cada una, distribuidas a lo largo de un camino pendiente) que genera energía suficiente para las 500 aldeas de la región. Igualmente alcanza para la mediana industria: una planta de acero y hierro, una fábrica de maquinaria agrícola, y las operaciones de trillado y molienda en diferentes lugares.

Ello también ha significado sembrados de frutales y árboles en las laderas montañosas para estabilizar y mejorar los suelos. El nombre de Lishien significa literalmente "región de bosque", pero solo ahora empieza a recobrar sentido.

El trabajo no ha terminado aún para esta gente. Hay planes avanzados para llevar la irrigación al tercio sureño de la región. Cuando la cosecha de verano se recoge, hay grupos de trabajo que salen a nivelar aun más los suelos de manera que la agricultura pueda ser mecanizada y en algunas áreas obtener una tercera cosecha al año (tal vez trigo de invierno). Antes de construir el Canal de la Bandera Roja, la producción promedio de grano en un buen año era de 200 kilogramos por mu (1/15 de hectárea). Hoy día es de 350, y

la región puede vender al estado más de 22 mil toneladas de excedente en grano. Pero los líderes de la región afirman que se puede superar la cifra.

Todavía la vida en Linhsien es estoica. El número de carretas cargadas con repollos, que en la mañana empujan al mercado las muchachas, lo atestigua. Pero, así y todo, es mucho mejor que en la juventud de Liu Teh-ming y Jen Yang-cheng. Ellos le repetirán el proverbio de Mao: "La pobreza obliga a los individuos a hacer cambios". También gustan de recordar su artículo de 1945 sobre "El viejo tonto que movió montañas", porque ellos hicieron otro tanto.

Clyde Sanger

Casi con las manos, los habitantes de Linhsien cavaron el curso del canal a través de montañas y desfiladeros. Su herramienta principal fue su voluntad de hierro.



Foto C. Sanger